

Literatura Inglesa, los historiadores y sociólogos no acaban de comentar y discutir los *Orígenes de la Francia contemporánea*. Por la obra y por la influencia Taine es un maestro aun en vida; un gran maestro francés que todo el mundo intelectual conoce, lee y admira. Es necesario, pues, permitir a todos esos admiradores lejanos estar informados que, en París un Comité existe para honrar al pensador.

Para decirlos que acabamos solamente de saberlo y que se pide la posibilidad material—el tiempo—de podernos asociar al homenaje, estas líneas han sido escritas.—A. ZÉREGA-FOMBONA.

Exclusividad para *Atenea* en Chile.

LA NUEVA EDUCACION RUSA

DIFÍCIL tarea fuera la de colegir a primera vista los aspectos varios del alma de la nueva educación; esa alma maliciosa, entusiasta, materialista y espiritual a un tiempo, optimista y apasionada, que han intentado forjar el superior talento de Lunacharsky y de sus colaboradores. Mas hemos procurado compenetrarnos un poco de su esencia...

Como para juzgar en achaques de educación no se podría prescindir de la experiencia de maestros y estudiantes, traté en Rusia a varios, comunistas de etiqueta muchos de ellos, ortodoxos entusiastas los más y acaso alguno con las secretas ansias del corazón vueltas hacia el pasado, que no ha de resucitar. Parecióronme esos muchachos plenos de fe en el porvenir, sin curarse de los peligros que puede envolver el futuro porque a los veinte años solemos mirar la vida como un imperio rojo o blanco que nos pertenece, la sabemos nuestra, con olor a eterna, y si la educación materialista de los tiempos y el contacto con la realidad nos han vuelto positivo no por ello nos resignamos a ceder de golpe el terreno que la vida blandamente nos irá retirando; con fuerza lo hemos apretado en la mano, como un puñado de arena húmeda y compacta, pero los músculos van cediendo y la arena comienza a resbalar por entre las comisuras de los dedos...

Los estudiantes rusos, según los maestros de la vieja literatura, se formaban en medio profundamente pesimista, ensombrecido por el fantasma de la autocracia,—así el pueblo y aun

la misma casta burocrática,—pero ello no impedía, a los más cultos, alimentar ideales libertarios, porque tenían conciencia de las irritantes injusticias del régimen y del dolor de la esclavitud. Era un estado social. Los estudiantes rusos del nuevo régimen, según sus voceros, tienen en el cuerpo sano un espíritu amplísimo, el optimismo les guía y su conciencia, preparada en el terreno del materialismo histórico y de las experimentaciones científicas, está pronta a esfuerzos extraordinarios o a dar paso a sacrificios serena y conscientemente aceptados. Marcharía así, dispuesta a todo, contra todo acorazada, al encuentro de la sociedad socialista.

El alma rusa anterior a la Revolución parecía imbuída de un sentimiento fatalista forjado en razones físicas, políticas e intelectuales, y sus reflejos morbosos, a pesar del entusiasmo de la generación revolucionaria, pesan todavía sobre el alma nueva. Sin embargo, puede advertirse actitud más amplia y generosa en la nueva conciencia estudiantil rusa, de la cual fuera imposible juzgar con hondura a quien no ha convivido largamente en los medios universitarios.

Con todo, aun el más inconciliable enemigo del régimen soviético no podría negar que éste ha golpeado con fuertísimo clamor en el alma de la juventud y que ella ha respondido porque se la solicitaba en nombre de un programa de generosa ideología, ofreciéndosele sacrificios de orden moral y esfuerzos acaso superiores a su potencia, que envolvían la promesa de una realidad cuya aproximación no parecía en exceso problemática. Era el anuncio de un paraíso humanizado que ellos mismos arrebatrían a los dioses para ofrecerlo a los desheredados de la vida y convivir en él, en una sociedad nueva, de la cual las injusticias anteriores—en el orden social, en el orden estatal, en el orden espiritual—estarían desterradas. A solicitud semejante la juventud rusa no podía dejar de responder, pues las colectividades humanas reaccionan casi siempre en favor de aquellos sentimientos altruistas que exteriorizan voluntad de luchar, y, por otra parte, las corrientes espirituales en movimiento son irresistibles y sólo a fuerza de mayor generosidad y de más clara justicia puede vencérselas.

Lenín sabía todo eso. Comprendía que el porvenir de la Revolución estaba en la juventud y, buen justipreciador de las fuerzas espirituales y del ansia de justicia que anima a las juventudes en todos los pueblos, llegó a manifestar que la revolución real no la habían hecho él ni sus compañeros, pues era tarea reservada a las generaciones que ellos irían preparando ideológicamente. De ahí el valor que tenía para los comunistas

la educación y el interés principalísimo que le acordaron desde su advenimiento al poder.

Examinemos las directivas que caracterizaron a la nueva educación rusa, a partir de Octubre.

Lenín y sus colaboradores desde el primer momento imprimieron rumbo político, positivista y antirreligioso a la educación oficial: «La escuela no ha sido jamás apolítica. Sus objetivos y sus tareas siempre han sido determinados por los intereses de la clase dominante» afirman las instrucciones dadas al personal de enseñanza. Lenín fué más lejos: «La instrucción pública—dice en la *Introducción a los programas de las escuelas de primer grado*—forma parte de la lucha, ella debe servir para echar por tierra a la burguesía; nosotros declaramos francamente que la escuela fuera de la vida—fuera de la política—es mentira e hipocresía». «La generación precedente—definía aún Lenín, insistiendo en el propósito educacional de preparar a la juventud para destruir la sociedad capitalista, reemplazándola por la sociedad comunista—tenía por tarea abatir la burguesía; debía agobiar a ésta con sus críticas, desarrollar en las masas el odio al burgués y la conciencia de clases, enseñarle a unir sus fuerzas contra la burguesía...». Y al inaugurar el III Congreso de la Juventud Comunista expresaba esta idea matriz: «La tarea actual de nuestra escuela es de reconstruir... Debéis construir una sociedad comunista». Abundando en tales orientaciones el programa del Partido Comunista Revolucionario—adoptado en el VIII Congreso, que se celebrara en Marzo de 1919, en pleno período de comunismo de guerra,—al definir la misión de la escuela soviética decía que debía ser el instrumento de la transformación comunista de la sociedad.

Podría añadirse esta otra afirmación oficial: «Toda la quinquagesencia del marxismo como método científico ha sido puesto en luz por los esquemas del Consejo Científico de Estado» (1).

Apartar al niño de las antiguas vías; incubar en él un odio cerrado contra la vida antigua (2) y sus instituciones, sin concederle el derecho de discernir lo bueno de lo malo, escogerlo justo entre lo injusto, para, basándose en lo aprovechable, construir una educación más armoniosa. Tal finalidad polí-

(1) El Consejo Científico de Estado es una de las más altas autoridades en materia educacional, en la Unión Soviética.

(2) ¿Cómo podría olvidarse la guerra cerrada que el zarismo mantuvo largos siglos contra la cultura?

Dice M. Briand-Chaninov, escritor antibolchevique, en su *Historia de Rusia* (Cap. XIII), que durante el reinado de Nicolás I, en 1853, sólo habían dos mil novecientos alumnos universitarios en toda Rusia.

tica y sociológica les parece esencial y se coloca en primera línea, limitando la educación, encauzándola, oprimiéndola dentro de un cuadro que, en lo actual por lo menos, se advierte estrecho.

En este sentido político, con fuerte y hábil base psicológica—porque nada hay tan maleable como la juventud—la educación soviética combate el misticismo, el sentimentalismo, la piedad. Sin duda en ese terreno ha ido demasiado lejos, aun teniendo en cuenta la violenta inclinación al sentimentalismo y al misticismo, peculiar al alma eslava. Acaso se procuró encauzar mejor en el pueblo ruso las fuerzas espirituales de carácter místico—que no pueden morir—desviándolas del misticismo religioso al político. Encauzar y desviar para más tarde superar.

En el sentido internacional e histórico el espíritu de odio de clases lleva a un deliberado e inútil falseamiento de la verdad, porque bastaría el conocimiento imparcial de la historia para coadyuvar a la tarea de apartar a los hombres de la sociedad capitalista e impulsarlos a la creación de una humanidad mejor. Tal prédica que carece de ponderación y del sentido de lo justo, aun dentro del marco de aspiraciones sociales generosas, no contribuye a preparar el grande avance socialista. Frente a esa política educacional, empapada en odio innecesario, debe alzarse el socialismo de Occidente una política de amplia y generosa solidaridad, *de explotación sistemática, pero humana de las clases burguesas en beneficio del proletariado y de absorción progresiva de las clases altas por la clase proletaria que asciende*. Nivelar en lo alto, sólo hacia lo alto.

Las directivas de la educación soviética, en el sentido político, encuentran en Trotsky un comentarista apasionado que las interpreta con violenta fidelidad.

«Nuestra tarea de educadores, escribe Trotsky (1) no consiste aún en crear, como en vaso cerrado, el tipo armonioso y apacible del ciudadano comunal: tal finalidad sería una miserable y pueril utopía. Se trata de desarrollar en la joven generación una psicología de lucha sin conciliación posible». ¿Y cómo se aprovecharán entonces, cabe preguntar, las fuerzas vivas, la potencialidad espiritual de las clases altas? Destruída totalmente la organización capitalista—*sin transición, sin evolución*— ¿cómo se podría aprovechar sus aportes al acervo común de la humanidad? Y si no hay la cultura política indispen-

(1) *Finalidades de la educación comunista*, por LEÓN TROTSKY. Prefacio del «Gufa de candidatos a los establecimientos de enseñanza superior». U. R. S. S., 1924.

sable en los nuevos gobernantes, ¿cómo pretender avanzar? De ahí surge, indiscutible, nuestra afirmación anterior: La fuerza negativa del odio que no admite conciliación, que no sabe explotar inteligentemente los valores generales en beneficio del proletariado, es retardataria, detiene la marcha hacia la sociedad socialista en vez de apresurarla. Es preciso reconocer que una clase revolucionaria organizada, disciplinada, preparada durante decenas de años para gobernar y contando con elementos intelectuales de primer orden, como la rusa, *no puede improvisarse*.

Mas Trotsky sólo se coloca en el punto de vista parcial de su país, bien es cierto que aun cuando hablando al mundo comunista se refiere de modo especial a Rusia. «Nosotros queremos, agrega, modelos militantes revolucionarios. ¿Qué es un revolucionario? Aquel que en todos sus actos no se ve limitado sino por obstáculos exteriores, y jamás por obstáculos de orden subjetivo. Cuando ello es necesario y posible el revolucionario derriba por la violencia los obstáculos tradicionales; cuando eso no es posible los modifica o los zapa obstinada y pacientemente. No teme hacerlos saltar ni usar sin piedad de la fuerza».

Definido el rol revolucionario de los educadores, el hacha sigue funcionando contra todo nexo de unión con el pasado, llegando, en su fanatismo, a negar toda beligerancia a gran parte de las fuerzas espirituales que hasta hoy han ejercido influencia en la marcha de la humanidad. Ahondemos esa peligrosa táctica de hacer tabla rasa del pasado: «Nosotros guardamos la actitud más hostil con relación a cualquiera que ose insinuar que el misticismo, los sentimientos, los estados religiosos de alma son compatibles con el comunismo. Negamos toda moral que no esté fundada únicamente sobre una concepción de humanidad y de clase. Nuestra moral se deduce de la lucha de clases llevada por el proletariado. Es moral todo lo que sirve a la destrucción de la antigua sociedad de explotadores y a la unión de todos los trabajadores alrededor de ese proletariado que se encuentra en vías de crear la nueva sociedad comunista».

Tales fundamentos—que en Rusia pueden tener bases dignas de estudio, considerada la sicología eslava—llevarían en América a una cuasi bancarrota del socialismo en el sentido educativo. Creo necesario insistir en este punto porque el espíritu de ciega imitación que caracteriza a nuestras razas sería, en no poca escala, factor de errar y de caer. El socialismo de América, más generoso y humano que el eslavo, ha de buscar sus propios caminos, en los cuales no estará quizá distante de orien-

tar, en buena parte, la ruta de pueblos cuya cultura tenga etiqueta de más avanzada.

Es en el sentido educacional, principalmente, donde el socialismo americano ha de encontrar nuevas bases de progreso y mejoramiento colectivos.

Otro aspecto de la nueva educación rusa es el que consagra como su principal *leaf motiv* las relaciones del hombre y del trabajo. La vida laboriosa considerada como centro, como núcleo orgánico de enseñanza, constituye una de las más altas lecciones civilizadoras que el gobierno bolchevique ha dado a la humanidad. Cesa de ser eje de la educación el espíritu individualista, cuyo objetivo consistía en elevar por encima de todo la propia personalidad. Es útil y hermoso, sin duda alguna, prestar alas a las iniciativas privadas, singularmente en el orden intelectual, más, en verdad, esas alas sólo tenían valor real en el orden económico, porque prácticamente el genio artístico y el científico, en sus más elevadas manifestaciones, casi nunca encontró en la sociedad capitalista ayuda vigorosa o definitiva. El aplauso ha acompañado a menudo al éxito artístico, más no siempre a este éxito ha seguido el económico y la historia de todos los países nos proporciona interminables listas de grandes hombres que vivieron y murieron en pobreza y aun en miseria, viéndose forzados, durante sus vidas, a destinar a la conquista del pan buena parte de actividades que sólo en su obra debieron emplearse. Es aspiración de la nueva sociedad garantizar la independencia económica del artista o del investigador científico, que es el sólo medio de proteger con eficacia al arte y a la ciencia. En todo sentido, el de hacer centro educacional de la vida laboriosa constituye un aporte de inapreciable valía para la fundamentación de la futura sociedad socialista.

El espíritu totalmente iconoclasta que se nota en las directivas de la educación soviética nos hace insistir en argumentos anteriores porque ese afán de procurar divorcio definitivo, entre el pasado y el futuro, empuja a la juventud a un *mesianismo* peligroso y la induce a juzgar en forma errónea la naturaleza de la misión a que, colectiva e individualmente, está destinada, como también tiende a la anulación de valores actualmente insustituibles.

Mucho deben meditar sobre este punto los conductores del socialismo occidental, especialmente aquellos intelectuales o dirigentes políticos de raza latina, que en los de origen sajón mayor caudal de previsión y de cordura habrá de encontrarse.

Formados los maestros de la nueva educación soviética, el

camino de las almas quedaba expedito. ¿La técnica ha sido buena? Los resultados no corresponden aún a las expectativas oficiales. De toda suerte es una educación maleable, susceptible de constante reforma, porque quienes la imaginaron se daban cuenta de que la estancación educacional es la muerte y toda educación debe amoldarse a las corrientes espirituales que se van forjando y éstas varían constantemente. Lo esencial es mantener en ebullición el anhelo de mejoramiento, estimulando los sentimientos altos, las generosidades, las audacias ideológicas. Creo, a pesar de sus errores, que de todos los experimentos realizados en el laboratorio ruso, algunos de los cuales han debido fracasar por razones económicas (1), postergándose su práctica para época más propicia, este educacional es el que ha respondido mejor a los esfuerzos del gobierno soviético.

En el aspecto material la educación bolchevique significa también una revolución. El estado no se limita al rol educativo, sino que ejerce una especie de protección paternal en el educando; comprende que el sentido espiritualista no puede separarse del sentido educacional y procura que el uno colabore activamente con el otro. La preparación intelectual requiere de ayuda económica, sin la cual, singularmente dentro del estado soviético, no puede aquella desarrollarse. La educación pagada, sistema del estado aristocrático, cede su lugar a la educación gratuita, sistema del estado burgués moderno, y ésta a su vez, debe ceder paso a la educación remunerada por el estado, que ha de ser el concepto de la educación futura (2).

Nada más justo. Al estudiante que da pruebas de determinada capacidad y acredita, con sus estudios anteriores, la potencia de trabajo que es susceptible de desarrollar, el Estado debe proporcionarle la educación necesaria y la independencia económica indispensable para asegurar su trabajo. Una comisión de profesores guarda el control (3) de sus actividades y de la marcha de sus estudios, examina sus trabajos y provee a se-

(1) O espirituales. El experimento antirreligioso, por ejemplo, no obtuvo el éxito previsto.

(2) En U. R. S. S., se aplica parcialmente la educación gratuita, dándose como excusa la carencia de recursos necesarios para generalizarla. Otro tanto, y por idénticas razones, ocurre con la educación remunerada.

Creo innecesario manifestar que este noble concepto de la educación remunerada por el Estado, que forma parte del plan de Lunacharsky y de las autoridades superiores de la educación soviética, ha sido puesto en práctica—por primera vez en la historia—en la tierra de Lenín.

(3) Para que pueda ser eficaz ese control ha de ser por todo lo alto, es decir, exento de presión política.

ñalarle nuevas orientaciones o a sostenerlo en las que él mismo ha sabido alcanzar. He conocido a varios estudiantes de la Unión Soviética en estas condiciones: las autoridades les fijaban un modesto sueldo mensual en rublos oro, en caso de no vivir con sus familias les proporcionaban habitación gratuita y dos trajes por año, a más de facilidades en las cooperativas de consumo y restaurantes del Estado, que lo son casi todos. En la actualidad esa protección alcanza a estudiantes muy calificados por sus actitudes y en el curso de altos estudios, favoreciendo, en general, a quienes cuentan con apoyo de políticos influyentes. Ello es humano, pues la naturaleza no ha de modificarse—para rojos o blancos—a golpes de legislación.

La tendencia doctrinal es pagar a los obreros como horas de trabajo el tiempo que empleen en instruirse, ya sea en la fábrica misma, en escuelas anexas o en otros establecimientos, y en cuenta a los educandos que han alcanzado cierta edad y se encuentran inscritos en facultades obreras universitarias a fin de realizar estudios superiores, es la de pagar el trabajo intelectual que significan esos estudios—realizados en provecho de la colectividad—con salarios, habitación y vestido. Por el momento ese es el ideal, nada más. El estado bolchevique que consagra actualmente todas sus fuerzas al resurgimiento económico, no ha tenido tiempo, según me manifestó un alto funcionario de Moscú, ni medios de hacer realmente efectiva, generalizándola, esa cooperación económica fiscal en favor de los estudiantes; pero en el porvenir constituiría ella una de sus más interesantes preocupaciones.

Un enorme paso se ha dado, sin embargo, porque ello importa el reconocimiento de normas más justas para la educación. Es, cabe decirlo, el primer esfuerzo sincero en la historia del mundo que se formula como concepto de obligación social en pro de la democratización de la enseñanza y de la cultura. Creo, sin embargo, que mejoraría su eficacia abriendo paso en nombre del bienestar y progreso colectivo a todos los obreros, campesinos o burgueses, en igualdad estricta de condiciones, para optar a las carreras intelectuales y a las profesiones de cualquier índole, que supongan tecnicismo—medicina, ingeniería, mecánica, etc.—con lo que se puede realizar prácticamente obra de democracia, que la auténtica democracia debe consistir no en hacer descender el nivel intelectual de las clases que fueron favorecidas por los viejos sistemas (1), hasta el pueblo (que por

(1) Desgraciadamente el odio de clases, que es uno de los ejes actuales del bolcheviquismo, coloca—en la Unión Soviética—en situación de dolorosa e

ministerio de esos mismos sistemas se encontraba casi totalmente divorciado de toda cultura) sino en levantar gradualmente, aun a costa de máximos esfuerzos, el nivel de las clases menos favorecidas—obreros, soldados, campesinos—hasta el de las antiguas aristocracias. Hablo en el terreno de la cultura, ciertamente, que en tocante al desnivel económico, que caracteriza en la mayor parte de los pueblos la diversidad de clases y aun de castas (1), el socialismo bien entendido debe ir suprimiéndolo *gradualmente, rápidamente y sin violencias*.

Las juventudes del mundo, aptas—la rusa lo es en grado notable—para secundar todo trabajo en pro de la adopción de normas nuevas de justicia, que vengan a ser basamentos en la formación de la futura sociedad humana, han de colaborar estrechamente en el esfuerzo que el socialismo realice en favor de la conquista pacífica de sus ideales y, con especial interés, en el sentido del progreso educacional, que es el eje en que deberá apoyarse toda construcción.

Es justo reconocer que en este como en otros puntos el gobierno de Lenín estableció bases que marcan un límite mínimo en el progreso y en la justicia sociales. Entre ellas, como queda dicho, y prescindiendo de sus aspectos políticos y de propaganda de determinada ideología, tienen especialísima importancia las del actual sistema de instrucción pública rusa.

injusta inferioridad a los miembros o descendientes de las antiguas clases privilegiadas, que no se han plegado al comunismo. Los hijos de burgueses no son admitidos en los establecimientos educacionales sino en la medida que lo permita la educación preferente de los hijos de proletarios. ¿No sería más socialista admitir en igualdad estricta a todos los elementos económicamente equiparados?

(1) Digo en la mayor parte de los pueblos, porque en los de Sud-América hay otro factor importantísimo que considerar: la diversidad racial que separa a las masas de población, en que abundan el mestizaje, de las clases o castas gobernantes (aristocracia o clase media), en que el tipo de los conquistadores o la influencia de tipos raciales europeos se encuentra claramente marcado. Esa diversidad racial, en América, supone—por la intervención de hábitos sociales, de hechos históricos y políticos—antagonismo de castas, y si bien ha existido en Rusia antagonismo racial (políticamente, en el caso de la raza judía vejada y perseguida por el zarismo, que reflejaba odios populares criminalmente explotados) nunca sería parangonable al que podría estallar en algunos pueblos sudamericanos—Bolivia, Perú, Ecuador, México, etc.)—en donde, constatado ya por la experiencia política, tiende a acentuarse en una lucha de clases abominable, aun dentro del propio punto de vista leniniano, porque excluye en forma sistemática la posibilidad del concurso de elementos culturales superiores, que por lo general se encuentran en las clases altas, y sin el cual resultaría prácticamente menoscabado todo ensayo de gobierno socialista, aun el de aquellos de tendencia socialista evolutiva que constituirán el tipo medio de los gobiernos europeos, americanos y asiáticos (Japón, por ejemplo), en pocos años más.

Creo que será deber esencial de los gobiernos previsores, durante el período de transición al socialismo, penetrarse del espíritu de tales aspiraciones y compartirlas con sinceridad para allanar los caminos de la verdadera democracia, hasta la cual sólo Rusia ha logrado aproximarse, dejando de lado la violencia y el odio, políticas negativas que, practicadas por gobiernos revolucionarios, aun en los países sajones y latinos de cierta cultura constituirían tremendas y dolorosas barreras para el progreso.—EUGENIO ORREGO VICUÑA.

(Continuará).